



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S. L. U.  
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón  
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón  
 Director General: Carlos Núñez Murias

Director: Miguel Iturbe Mach  
 Subdirector de Información: Santiago Mendive. Subdirectora de Desarrollo Digital: Esperanza Pamplona. Redactor-Jefe de Organización y Cierre: Mariano Gállego. Adjunto a la Dirección para

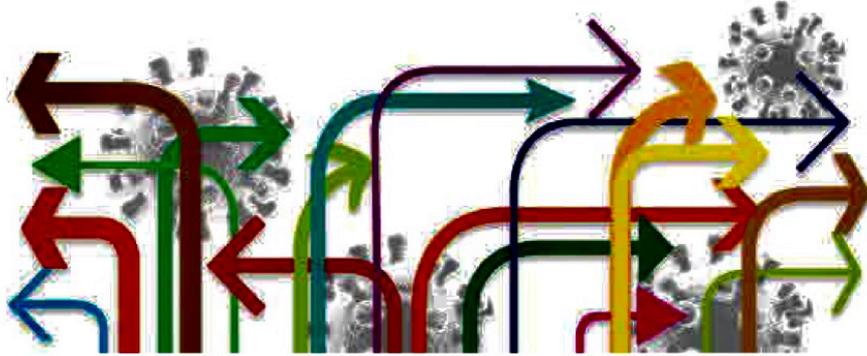
Opinión: José Javier Rueda. Política: Mónica Fuentes.  
 Economía: Luis H. Menéndez. Municipal: Manuel López.  
 Digital: Nuria Casas. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Fotografía: José Miguel Marco.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino  
 Comercializa: Blue Media Comunicación S. L.  
 Imprime: Impresa Norte S. L.  
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón S. L.

LA FIRMA | Por Guillermo Pérez Sarrión

## Covid y política

En medio de la mayor crisis sanitaria sufrida en mucho tiempo, España se ha encontrado con un Ministerio de Sanidad que carece por completo de competencias efectivas. Y el Gobierno se ha negado a llevar a cabo una necesaria reforma



KRISIS'21

Solo hace unos días salía la noticia de que el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, había visitado un hospital interesándose por los enfermos de la pandemia. Once meses después. Está por ver que el asunto le interese realmente, lo que dice mucho de su escasa empatía. Y está por ver que Pablo Iglesias tenga más: que yo sepa no se conoce ni una sola referencia del citado al problema; el vicepresidente segundo, el encargado –dice– de los asuntos sociales, el especialista en el relato, el inventor político del horrible neologismo ‘escudo social’, parece que no da signos de piedad, compasión o empatía hacia la tragedia de vidas humanas de la pandemia: ni residencias de ancianos ni muertes solitarias ni historias personales. Él, a lo suyo: «No estoy en política para hacer amigos», ha sostenido. ¡Qué decir! Los técnicos del partido han reconocido en sede judicial que las votaciones electrónicas de los militantes de Podemos a través de internet, aparentemente asamblearias, eran perfectamente manipulables. Se podía saber quién votaba y qué, incluida la organizada para justificar el chalet de Galapagar. Y el Gobierno recibe los paquetes de vacunas, compradas y en buena parte pagadas por la Unión Europea, con grandes carteles del Gobierno de España, como si este fuera el benefactor. Lo que importa es la publicidad, no la realidad.

Pero no es asunto solo de publicidad ni de empatía. Hay cosas peores. Con la primera ola del coronavirus el Gobierno se dio cuenta de que, en nuestro Estado autonómico, tras años de gobierno constitucional y de pactar con minorías nacionalistas, prácticamente todas las competencias en materia sanitaria estaban cedidas a las autonomías y el Ministerio de

Sanidad era un puro desguace: era necesaria una reforma de la legislación para unificar y coordinar con fuerza normativa, y no solo buena voluntad, los medios sanitarios. Y Sánchez decidió no hacerla. Él fue destituido en 2016 porque quería poner en marcha ideas como las que ejecuta ahora: no quería las propuestas más moderadas sugeridas en el Comité Federal del PSOE, que consideraba un cementerio de elefantes. No quería pactos de Estado para reformar la Constitución y las grandes leyes (electoral, de educación, reforma del Senado y la Corona, financiación de las autonomías, solución razonable a la cuestión catalana), lo que importaba era la imagen y gobernar (él) como fuera. Cuando, utilizando las primarias en su provecho, volvió al poder, pactó para conseguir una mayoría: nada de moral ni de verdad ni de moderación socialdemócrata, ni de gran coalición con los populares (cuán en vano se cita aquí a Merkel). Anunció que no gobernaría con Podemos e hizo lo contrario para ganarse el apoyo de los independentistas. La incompetencia de Casado, el PP y una derecha dividida por la crisis hizo el resto.

Y vino la pandemia. Sánchez optó por no reformar la legislación sanitaria y, según declararía, dejar que las comunidades autónomas asumieran sus responsabilidades, pero esto no es así. El ministro de Sanidad no tiene competencias suficientes para otra cosa que no sea hacer recomendaciones. Ahora ya sabemos por qué el

**«Tenemos 17 estrategias distintas que además en las comunidades gestionadas por la oposición son utilizadas para combatir lo que propone el Gobierno»**

Gobierno no hizo la reforma, si hacemos caso a las declaraciones de Salvador Illa hace unos días: «Los socios de Gobierno [de Sánchez] no toleran nada que suene a hacer política de Estado». A partir de ahí puede concluirse que Sánchez o renunció a reformar la legislación por convencimiento y/o por conveniencia propia, o porque se lo imponía la presión de Podemos y los independentistas: EH Bildu, ERC y el siempre presente PNV, sobre todo. O por los dos motivos.

Las perniciosas consecuencias de que Sánchez eligiera gobernar con Podemos e independentistas se ven continuamente. En España, ya en la tercera ola de pandemia y con más de 50.000 fallecidos, con escándalos como los de las residencias de ancianos de Madrid, el ministro de Sanidad lleva meses vendiendo humo, sin competencias legales y dando la impresión de que hace pero en realidad no hace. Es un gran engaño. Negocia, coordina, sí, pero no dirige. Tenemos 17 estrategias distintas que además en las comunidades gestionadas por la oposición son utilizadas para combatir por sistema lo que proponga el Gobierno. Cada comunidad no tiene vías legales para intercambiar médicos o personal sanitario con otras, para trasladar enfermos, para compartir hospitales, para beneficiarse de políticas de compras centralizadas, para obedecer a restricciones para la lucha anticovid fijadas en una política sanitaria única y consensuada. ¿Y a eso la llamada izquierda le llama progreso?

Las declaraciones tan rimbombantes de Sánchez, instalado en un triunfo continuo, son política hueca. ¡Qué soberbia, qué ignorancia! Voltaire sostenía que la virtud se envilece al justificarse. Es el caso.

Guillermo Pérez Sarrión es catedrático de la Universidad de Zaragoza

EN NOMBRE PROPIO

Isabel Soria

## Filomena y Tik Tok

Hace días que mi cuerpo, que hace las veces de barómetro e higrómetro, me decía que algo iba a pasar. Se me puso un dolor en la cadera que ha tardado días en desaparecer. Sé que Filomena ha sido la causante de mi molestia. A medida que se acercaba, mi dolor, sordo siempre, pues odio quejarme de mis achaques, iba desapareciendo y el sábado ya era inexistente. Han sido más de diez días lo que le ha costado llegar a Zaragoza, o al menos desde que yo he sentido su presencia. Mis huesos notan la inestabilidad, las borrascas y las tormentas. Será que están conectados a la atmósfera y mis genes a la tierra, algo que he debido de heredar de mi querida abuela Pura, que era muy telúrica también y quien afirmaba que notaba los terremotos en las plantas de los pies. Barruntó el grandísimo terremoto de Méjico de 1985 y siguió prediciendo la actividad sísmica de forma regular. También nos avisaba de cuando venían tormentas.

Filomena también ha traído el blanco, cielos blancos, horizontes blancos. Lo ha pintado todo de color. Nos hemos quedado boquiabiertos ante el bello blanco. Por suerte el temporal también ha traído un nuevo tema de conversación, lo que se agradece. Muñecos de nieve y una gran avalancha de vídeos que cabalgan por las redes sociales. Estos días he descubierto el famoso Tik Tok y, aunque todavía no me manejo muy bien, me confirma una cosa que, la verdad, me encanta. Cuánto nos gusta hacer el gilipollas, cuánta gente hay que hace chorradas para echarse unas risas, aunque sea a costa de perder la dignidad y de salir en pijama haciendo el ganso. Si es blanco como la tormenta, el humor es buenísimo.

CON DNI

Ramón J. Campo

## La nevada del cambio

Los sucesos meteorológicos excepcionales suelen marcar ese día en nuestra memoria. La gran nevada de este fin de semana en buena parte de España será un hito –más incluso que cuando España ganó el Mundial de Fútbol en Sudáfrica en 2010– porque no hay datos similares por la cantidad caída en tantas provincias y por tener el país paralizado durante dos días. Su llegada fue avisada por la Aemet (heladas posteriores incluidas), pero tras sobrevivir a la pandemia desde marzo de 2020 y con las vacunas recién llegadas, la sociedad española del siglo XXI está muy castigada y quizás necesitaba vivir el temporal. Necesitamos que este año de nieves sea un año de bienes.

Nunca me había llevado tan lejos revivir otro hecho simi-

lar. Apenas tenía ocho años y hace medio siglo. Ocurrió el domingo 7 de febrero de 1971 y viajábamos en coche con mis padres a Madrid, para dejar allí a mi madre. Aquel regreso fue imborrable. Una nevada provocó que tardáramos más de doce horas en ir desde la capital de España a Huesca, sobre una carretera blanca tan siberiana como la del sábado pasado. Esa ruta no era autovía ni se conocía el AVE. Decenas de coches se quedaron tirados en las cunetas y sus cadenas eran tan endebles como el firme de la Nacional-II a su paso por Madrid, Guadalajara y Soria. Pasada la nieve, como superada una batalla, Zaragoza nos recibió invisible, con una niebla muy densa.

Al revisar los datos, Madrid revivió su récord de copos de febrero de 1971, como Zaragoza los de 1932. De este 9 de enero de 2021 recordaremos la nieve tan repartida que trajo el cambio climático, tras vivir el 2020, el año más caluroso.